

cuando estaba en la cuna ¹. Sófocles, Alcibiades y Pericles fueron tan famosos por su hermosura física como por sus dones intelectuales.

No cabe duda que la belleza personal en el hombre tiene sus ventajas y le conquista una gran simpatía en la sociedad. Está seguro durante algún tiempo de ser atendido y respetado; pero debe ser capaz de conservar sus ventajas en su lucha con los demás hombres; y si sucumbe y resulta convicto de vanidad y no responde á lo que se esperaba, quedará fuera de combate. Wilkes, uno de los hombres más feos, decía que sólo necesitaba hablar hora y media con una mujer bonita, para equipararse con el hombre más hermoso de Europa. Las nociones populares acerca de la belleza son, en su mayor parte, convencionales. Entre los negros el diablo es blanco; mientras que entre los blancos es negro. La costumbre nos hace pasar por todo. Los habitantes de Bezama², en Colombia, padecen todos paperas, en tanto grado, que son consideradas como una prueba de belleza. Cuando el difunto Roberto Stéphenson, seguido de un grupo de ingleses atravesó dicho país, circuló por todo el pueblo el siguiente grito: « Venid á ver á esos feos extranjeros que no tienen paperas. »

La forma no es todo en la belleza de la mujer. Hasta es posible que las cualidades físicas resulten una desventaja, apartando la atención del alma y de las cualidades morales, de las que dependen exclusi-

1. Esto mismo se cuenta de San Isidoro, el antiguo autor de las *Etimologías*, y arzobispo de Sevilla. — (N. del T.)

2. No hemos encontrado ninguna población de este nombre en Colombia. Tal vez sea *Bejuna*, en Venezuela, Estado de Carabobo. — (N. del T.)

vamente en la vida los menos favorecidos por la naturaleza. La belleza puede ganar corazones con los atractivos físicos: pero si no puede retenerlos con los del corazón y del entendimiento, demostrará únicamente que es un estuche vacío.

El alma de la belleza consiste en la expresión. La mera belleza de las facciones puede agradar á la vista, y no mover el corazón. La belleza común la forman la juventud y la salud; pero la belleza más elevada se halla constituida por la gracia y la suavidad de expresión. Lord Bacon dice, que « no hay belleza excelente sin alguna falta de armonía en las proporciones. » En verdad, el poder de la belleza reside con frecuencia en algo que se aparta de la uniformidad. Descartes admiraba en gran manera á las mujeres bizcas ¹. No podemos decir que es lo que hace que el hombre se enamore de la mujer y la mujer del hombre. Esto depende de la expresión más que de la belleza.

Pero la mera belleza no es bastante para los hombres y las mujeres que se unen en matrimonio. La luna de miel no dura más que un mes, y entonces debe haber algo más sólido que la belleza corporal para unirlos en la felicidad. Besos y caricias han pasado; la pareja necesita descender á las condiciones de la vida ordinaria. El hombre debe hacer su honrado trabajo de cada día, y la mujer debe procurar

1. No hace mucho, en París, poco después de inventarse la operación para curar el estrabismo, un enamorado, que era bizco, se sometió á la operación creyendo que, gracias á ella, sería mucho más aceptable para su amada; pero cuando se presentó ante ella, sintió gran mortificación, al verse desdeñado por completo. No existía ya el aspecto con que lo había amado y aceptado en un principio, y por lo tanto, se desbarató el matrimonio. — Roussell. *Sistema físico y moral de la mujer*.

mantener su hogar alegre y cómodo. La llama del amor no debe dejarse extinguir en el seno del hogar. La habilidad para cuidar la casa vale tanto como la habilidad para el trabajo manual ó intelectual. La primera corresponde á la mujer y la segunda al marido. Dicese que el *comfort* es el dios de la casa en Inglaterra, y que los ingleses adoran el *comfort*. Quizá esto procede del tiempo frio y húmedo que mantiene á la gente dentro de las casas. Pero el *comfort* no consiste solamente en el calor, en los buenos muebles y en la buena vida. Consiste en la limpieza, en el aire puro, en el orden y en la frugalidad; en una palabra, en la economía doméstica y en el buen gobierno de la casa. El *comfort* es el suelo en que nacen los seres humanos. Se halla ligado, en verdad, á la raíz de muchas virtudes, y muchas de las incomodidades y disensiones que siguen á la unión de los que se casaron por amor, proceden de haber desdeñado estas importantes condiciones.

No hay duda que los hombres cometen faltas y lo mismo las mujeres; unos y otras suelen hacer igual número de buenas y malas jugadas. Los hombres de más gran genio tienen su lado flaco, y es precisamente aquel con que más se familiarizan sus esposas. El mundo ve el entendimiento y la perfección del grande hombre; pero nada conoce de su temperamento y de sus debilidades. La esposa ve al hombre, y sólo al hombre, no al sabio, al hombre de Estado, al artista y al autor. ¿Qué es la fama en el mundo exterior para ella? ¿No es su mundo la casa, centro de su vida y de su felicidad? Los grandes hombres se ven generalmente absorbidos por sus investigaciones, viviendo en lo pasado ó peleando en el presente; quizás logran

con dificultad interesarse en las cosas que constituyen la felicidad diaria de su esposa. Puede suceder que ella no tolere un cariño compartido y envíe el tiempo consagrado á los demás como tiempo robado á sí misma. En tal caso, una esposa completamente exigente será con frecuencia la causa de una vida desdichada y llena de descontento. Mistress Grote observa, acerca de la esposa de Ary Scheffer, que desgraciadamente para ella y para su esposo, sentía el más vivo espíritu de rivalidad hacia todo, lo mismo hacia los hombres que hacia las mujeres, hacia los amigos que hacia los parientes y hasta hacia los apasionados trabajos artísticos de Scheffer. Estas circunstancias, dice, tuvieron penosos resultados. La pobre madama Scheffer incurria en el deplorable error de que habían sido ya víctimas otras mujeres estimables, el de exigir que su marido no sólo la había de amar por encima de todas las cosas, sino que no debía amar ninguna otra cosa¹.

La imaginación es un guía casi tan inseguro como el instinto para escoger el compañero de su vida. El poeta atribuye al objeto de su pasión las fascinaciones de un ángel y la bondad de una diosa; pero pronto descubre que ella no es después de todo más que una mujer, quizás con menos cualidades que las demás mujeres. Los poetas se han precipitado mucho para

¹ En una nota al citado pasaje añade mistress Grote: «Madama Scheffer necesitaba únicamente un entendimiento mejor regulado para ser ella feliz y hacer feliz su hogar. Por falta de disciplina propia y de discernimiento para estimar exactamente la suma de atención que tenía derecho á esperar de un hombre tan rico en amigos, admiradores y discípulos, siento decirlo, madama Scheffer amargó á veces la existencia común con su exigencia y con su ardiente deseo de monopolizar el tiempo y los pensamientos de su querido esposo.» — Mistress Grote. *Life of Ary Scheffer*.

contraer matrimonio. Churchill se casó á los diez y siete años, Shakespeare á los diez y ocho, y Shelley á los diez y nueve. Quizás Keats expresó verdaderamente el sentir de los poetas jóvenes cuando, á la edad de veintitrés años, escribió á un amigo lo siguiente: «Estoy seguro de que mis sentimientos acerca de la mujer no son lo que deben ser. En este momento hago esfuerzos para ser justo con ella, pero no puedo. Obedece esto á que mi imaginación infantil las encuentra muy inferiores. Cuando yo iba á la escuela, pensaba que una mujer hermosa era una pura divinidad; mi espíritu era un suave nido donde dormía alguna de ellas, sin que se diera cuenta de ello. No tengo derecho á esperar de ellas más de lo que son en realidad. Las creí seres etéreos superiores al hombre; las he encontrado quizás iguales, pues lo grande en comparación resulta muy pequeño¹. El poeta vive en un mundo imaginado por él mismo y muy diferente del mundo actual en que habita. El uno es ideal y hermoso, el otro prosaico y práctico. Invoca y hace desaparecer el primero á su voluntad. El segundo está siempre presente en su compañía, lleno tal vez de apremiantes cuidados, de turbación y de vulgares detalles de la vida. En la contemplación de la mujer ideal el poeta hasta puede hacerse incapaz de llegar á sentir un verdadero afecto á una mujer real. Considera todo lo que no llega á su ideal, indigno de sus miradas. El amor de Dante hacia Beatriz, de Petrarca hacia Laura y de Tasso hacia Leonor, fué en gran parte ideal. Dante desdeñó á su mujer y á sus hijos para soñar con Beatriz; Petrarca no hubiera permitido ni aun que

1. Lord Houghton. *Vida y cartas de Jnan Keats*.

su propia hija viviese bajo su techo, y Tasso se vió encerrado en una casa de locos á causa de su amor no correspondido.

El amor de Dante por Beatriz, al cabo de seiscientos años, es aún objeto de admiración y simpatía. Era el amor, sin correspondencia, de un niño hacia una niña; sin embargo, el niño llegó á ser hombre de genio, y el objeto de su amor sigue aún fascinando á los cultivadores de la poesía italiana. La *Vita Nuova* ha sido considerada por algunos como el origen de la novela sentimental moderna, pues contiene la más clara evidencia interna de representar la verdadera experiencia de un espíritu viviente y la fiel revelación de un corazón humano. Si Dante nació amante, el amor fué el principio de su vida. En esta parte del libro de mi memoria, dice, antes del título *Incipit Vita Nuova* (aquí empieza la Vida Nueva), es poco lo que merece leerse.

Dante, á los nueve años, encuentra á Beatriz niña de ocho, y se enamora de ella para siempre. La temprana edad á que empieza la pasión ha incitado á muchos á pensar que la historia entera es una alegoría, un sueño del poeta. Pero esta Beatriz vivió en el mundo, y no puede dudarle nadie que lea las tiernas y apasionadas descripciones del Dante. Desciende á minuciosos detalles y rasgos individuales de tal índole, que no hubieran podido encontrarse en la descripción de un ser imaginario. Dante jamás declaró su amor á Beatriz, y al fin se casó con otra. Beatriz murió á los veinticuatro años. El golpe de su muerte afectó á Dante tan profundamente, que sus mejores amigos podían apenas reconocerle. La luz de su vida había huído, dejándole sumido en la desesperación. Á partir de aquel

momento, su amor hacia la difunta Beatriz se convirtió en la idea predominante de su vida. Aunque la muerte la había arrebatado de ante su vista, siguió á su espíritu hasta el cielo y vió el universo á través de sus ojos. El recuerdo de su amor inspiró al poeta en su grande obra la *Divina Comedia*, que ha sido llamada la deificación de Beatriz.

Tal fué la vida ideal de Dante. Su vida común fué la vida de todo el mundo. Su Venus celestial era una santa, mientras que su Venus terrestre fué una mujer. Si él se hubiese casado con Beatriz, no tendríamos la *Vita Nuova* ni la *Divina Comedia*. Pero la muerte idealizó á su adorada, y su amor se hizo espiritual é ideal. Dante fué tan hombre como poeta. Un año después de la muerte de Beatriz, se casó con una noble señora de la familia de los Donati, de la que tuvo siete hijos. Pero no dirigió á su esposa ni un solo soneto. Verdaderamente no fué muy feliz en su compañía, y cuando le vió desterrado, no le acompañó, sino que se quedó con sus hermanos en Florencia.

Aunque el amor ha sido el inspirador de los poetas en todas las edades, siendo la pasión en torno de la cual se agitan las ideas románticas, pocos hombres se han casado con el objeto de su primer amor. No es al amor afortunado, sino al amor rechazado, estéril y despechado, al que debemos las lamentaciones poéticas de Dante, Petrarca y Taso. Como sucede á los pájaros en primavera, el deseo inspira sus cantos; pero con la posesión se tornan mudos. Byron dice de Petrarca:

« ¿Crees que si Laura hubiera sido esposa de Petrarca, hubiera estado éste escribiendo sonetos toda su vida? »

Petrarca fué otro de los amantes desgraciados cuyos cantos se han hecho inmortales.

Vió por primera vez á Laura de Sade en la iglesia de Santa Clara de Avignón, y experimentó de pronto una pasión violenta. Escribió sonetos y canciones en su alabanza, que circularon por toda Europa y contribuyeron á hacer este amor sin esperanza uno de los más célebres en la historia literaria. Petrarca viajó de un país á otro, y de una corte á otra, encerrándose algunas veces en Vaucluse, pero volviendo con frecuencia á Avignón para ver furtivamente á Laura mientras paseaba en los jardines situados bajo la roca en que estaba edificado el viejo palacio pontifical, donde Petrarca acostumbraba ponerse en un Belvedere. No sabemos exactamente cómo tomaba el marido de Laura los homenajes de Petrarca á su esposa, pero Campbell supone que no debió contribuir á su felicidad, porque tenía costumbre de regañar á Laura hasta hacerle llorar, y como se casó de nuevo, siete meses después de su muerte, es probable que no debió llorar mucho su pérdida. Verdad es que algunos han supuesto que Laura era un ser imaginario, pero no es posible dudar razonablemente de su existencia real. Murió de la peste á los cuarenta años, extinguiéndose, según describe Petrarca, como una lámpara que se apaga gradualmente por falta de alimento.

Cuando el poeta supo la noticia de su muerte, se quedó como si hubiese perdido el único objeto que le apegaba á la vida. Aunque Petrarca le sobrevivió más de veinte años, continuó pensando en ella y escribiendo acerca de ella, como había hecho en su juventud, entregándose al exceso de su dolor.

Tasso se sintió poderosamente influido por los es-

critos de Petrarca, que hizo vibrar el corazón de todos los jóvenes italianos. La primera pasión de Tasso se la inspiró una joven de Mantua, á la que dirigió muchos sonetos, según la manera de Petrarca, llamándola su Laura. Pero habiéndose casado con otro dicha señora, el corazón del sensible poeta sintió una nueva y más desesperada pasión por la primera Leonor, hermana del duque de Ferrara. Dirigióle muchos de sus versos amorios, y hasta le declaró su amor, pero sin resultado. No se cree que la princesa favoreciese sus pretensiones; pero dando rienda suelta á su imaginación poética, pintó en brillantes, y hasta en vivos términos, los favores que de ella había recibido. Estos versos, robados entre sus papeles por un enemigo, fueron mostrados al duque, y fueron causa de que el poeta se viese preso y encerrado en el convento de San Francisco de Ferrara. Se escapó del convento y recorrió desconsolado toda Italia, pero no pudo abandonar por completo el sitio donde estaba su corazón, y al cabo de un año volvió á Ferrara. Trató de ver al duque y á la princesa, pero no lo consiguió. Se volvió loco, y amenazó á la casa de Este y á todos sus miembros. Fué preso de nuevo y encerrado en el hospital de Santa Ana, donde fué tratado como un loco. Allí permaneció por espacio de siete años, no dejando de entregarse á su amor sin esperanza, pero inquebrantable.

El poeta Metastasio se contentó con profesar un cariño platónico á la señora Bulgarini, más conocida por la Romanira, una gran cantante de su época. Vivió bajo el mismo techo con el marido de la misma, y siguió al matrimonio por toda Italia, dedicando el tiempo y la energía á las musas y á la amistad. A la

muerte de la Romanina, ésta legó á Metastasio todo su patrimonio, después de la muerte de su esposo; pero el poeta no quiso aprovechar la ventaja de semejante legado, y á su vez hizo cesión de sus derechos al marido.

El poeta Alfieri, cuya aparición forma otra importante época en la historia de Italia, muy posteriormente, fué, como el Dante, un amador apasionado. Á sus amores, aunque no santificados por el matrimonio, debemos la mayor parte de sus tragedias. Como él mismo dice: « Sentía en mí el deseo de estudiar y cierta efervescencia de las ideas creadoras cuando amaba. »

Comparados con el ardiente amor de los poetas italianos, todos los demás parecen completamente fríos. Aunque los poetas de otros países han sido inspirados por la misma pasión, sus arranques pueden ser menos inmortales. La suerte de Camoens se parece á la de Tasso. Se enamoró á los catorce años de una señora de posición superior á la suya, en la corte de Lisboa, y fué desterrado á Santarem, donde empezó á escribir sus *Lusiadas*. Salió de su país y se distinguió como soldado, acariciando siempre su amor sin esperanza, tema de muchos de sus hermosos sonetos. Después de viajar durante varios años, volvió á Portugal, donde se encontró con que su adorada había muerto, y él mismo se halló en la mayor miseria.

Cervantes escribió su *Galatea* para conquistar el afecto de una persona de quien se había enamorado; y aunque logró conquistar dicho afecto, se casó con otra. El amor inspiró á Kisfaludy, gran poeta lírico de Hungría. Wieland se vió primeramente impulsado hacia el pietismo místico por el apasionado afecto que

concibió hacia una joven, cuya mano besó por primera vez cuatro años después de haberse enamorado de ella. La joven recompensó su amor y se juraron eterna fidelidad. Al cabo de ocho años, como Wieland estaba aún demasiado pobre para casarse, Sofía dió su mano á un señor La Roche. Pero Wieland continuó amándola como antes. « Era, dice, un ideal, un verdadero encanto en que he vivido, y la Sofía que he amado con tanto entusiasmo, era la idea de la perfección personificada en ella. Es indudable que si no nos hubiéramos puesto en contacto, yo no hubiera sido un poeta. » Wieland se casó después con una mujer activa, firme, prudente y cariñosa, y su amor, aunque menos ideal, fué mucho más fecundo y probablemente más feliz.

Ewald, el poeta dinamarqués, debió al despecho amoroso el manifestarse como poeta. La joven de quien él se enamoró se casó con otro. Esta circunstancia proyectó sobre su vida una sombra melancólica, despertó su genio poético y produjo una profundidad de sentimiento y de pasión que se descubrió por vez primera en su gran poema *Balder's Dod*. Novalis sintió tan profundamente la influencia de su cariño hacia Sofía von K., que, según dice, ésta llegó á constituir la substancia y esencia de toda su vida. Murió ella en su décimoquinto aniversario, y el resto de la corta vida de Novalis lo empleó en llorar su pérdida. « La vida se convirtió para él, dice Tieck, en una vida glorificada, y todo su ser completo pareció confundido en una brillante y consciente visión de una existencia más elevada. » « ¿Qué te ha hecho poeta? preguntaba Dumas á Reboul, el panadero de Nimes, autor de la preciosa perla *L'ange et l'enfant*. — La tristeza, le contestó, la pérdida de una esposa y de un hijo amados. »

Goethe fué también un amador, pero en su amor tenía más parte el entendimiento que el corazón. El culto de sí mismo fué la pasión dominante de su vida. Su entendimiento dominaba, si no es que absorbía sus demás facultades. Su experiencia de la vida era, sin embargo, incompleta, porque el amor no puede comprenderse ó describirse si no se ha sentido realmente. Sin embargo, hay muchas hermosas descripciones llenas de sentimiento en su autobiografía y en varios de sus poemas. Goethe, durante su vida, amó á Gretchen, á Clarchen, á Federica, á Lotte, á Lili, á Betina y á otras; pero temió casarse con cualquiera de ellas, y se supone que fué por miedo de perder su libertad. « Podía pintar, dice mister Lewet, mejor que nadie, el exquisito afecto de una mujer hacia un hombre, como pueden atestiguarlo las divinas criaturas Gretchen y Clarchen, cuyo afecto había experimentado; pero no sintió ni pudo expresar la ternura recíproca del hombre hacia la mujer, ni el sentimiento generoso, protector y de abnegación del hombre. »

Cuando Goethe conquistó el cariño de la sencilla muchacha Federica, la despidió como hace el que ha chupado una naranja. Todo lo que él deseaba era poder hacer un idilio con su amor y con su propio abandono, para deleite del mundo. Pero la abandonada Federica se vió completamente vengada por el matrimonio subsiguiente del poeta con Cristiana Vulpius, mujer orgullosa y fría de corazón. Después de vivir con ella varios años, acabó por casarse con la misma cuando se había vuelto fatua, fea é intemperante. ¡Qué extraño fin para los amorosos experimentos de' gran autor de *Dichtung und Wahrheit*! « Cuando Goethe no tiene una mujer en la cabeza, dice mister Hayward, parece

un disector que no tiene cuerpo que disecar. Él dijo de Balzac que cada una de sus mejores novelas parecía sacada del corazón de una mujer dolorida. Balzac hubiera podido devolverle el cumplido. »

Casi es un bien que conozcamos muy poco la historia personal de los grandes poetas. Con frecuencia han sido tan débiles como los que más. Hasta el mismo Shakespeare, á juzgar por sus sonetos, parece haber andado en malos pasos durante su vida en Londres. Sabemos, dice sir Henry Taylor, que achaca estos malos pasos en que anduvo al género de vida á que se vió obligado por la necesidad de hacer fortuna.

« Oh, por mi vida, puedes reñir con la Fortuna, esa divinidad perversa inspiradora de mis malas acciones, que no me ha procurado en beneficio de mi vida sino los recursos que el público me proporciona. De aquí viene que mi nombre se vea abandonado y que mi carácter se resienta de las condiciones de mi trabajo, como le sucede á las manos del tintorero »¹.

Aunque Francia presenta muchos ejemplos de la influencia de la mujer sobre el carácter y las obras de los poetas y literatos, no encontramos ejemplos de un amor y de un afecto tan absorbentes como entre los poetas italianos y alemanes. En los franceses el amor es un sentimiento más bien que una pasión; depende más del entendimiento que del corazón. Con frecuencia es delicado y refinado, pero no ejerce dominadora influencia sobre la vida. El amor de Abelardo hacia Eloisa empieza y acaba de un modo sentimental; se casan para separarse: él entra en la abadía de San Dio-

1. Sir Henry Taylor. *Notes on Life*, pág. 170.

nio, como religioso, y ella profesa en el colegio de Argenteuil. En período relativamente más reciente, los monarcas franceses ejercieron la más devastadora influencia en las relaciones de ambos sexos, y sus malos ejemplos se fueron infiltrando en todas las capas de la sociedad. Los hombres se casaban para encubrir sus intrigas y las mujeres para ser libres. Su único afecto parecía reservado para las mujeres de otros maridos ó para los maridos de otras mujeres. En el reinado de Luis XIV, las queridas reemplazaron á las mujeres amadas, y este género de amores se puso de moda. La literatura se vió saturada de esta falta de castidad, y el vicio se manifestó por todas partes. Mujeres impuras se vieron idealizadas y convertidas en ídolos. La novela *Manon Lescaut* fué escrita por un abate. No se avergozaban de semejantes cosas. Las mujeres eran consideradas como meros instrumentos de placer, y tratadas como tales, para su completa degradación.

El gran peligro de la literatura francesa en el siglo pasado consiste en que no guardó ningún respeto al carácter de la mujer. La sociedad puede reponerse de las revoluciones y hasta ser purificada por ellas; pero cuando se degrada el carácter de la mujer, la sociedad se halla envenenada hasta lo más hondo. Se ha dicho que las mujeres son como los billetes de Banco, que pueden subir ó bajar en la estimación del público, y que los literatos son los banqueros. Si esto es cierto, la decadencia moral de Francia á fines de la pasada centuria debió ser muy grande. Diderot, Rousseau y Voltaire representan en verdad su época.

Diderot, el autor del *Ensayo sobre el mérito y la*

virtud, abandonó á una esposa joven y enamorada, y escribió una novela obscena á fin de pagar con su producto á una querida. Rousseau, después de una larga serie de intrigas, se enredó con una muchacha de baja extracción, Teresa Le Vasseur, con la que se casó al fin. El autor del *Emilio* no fué tan bueno como su libro; por eso echó á sus hijos á la cuna apenas nacidos.

Voltaire, que jamás se casó, fué un amador casi tan general é inconsciente como Goethe. Se enamoró sucesivamente de mademoiselle Desnoyers, de madama de Villars, de madama de Rupelmonde y de madama de Chatelet. ¿Qué pluma humana, dice Carlyle, puede describir lo que el desdichado filósofo tuvo que sufrir con sus mujeres? La última, si no nos equivocamos, fué madame de Chatelet, con quien Voltaire vivió maritalmente. Voltaire y madame hacían como que estudiaban á Leibnitz y á Newton juntos, enseñándole Voltaire el inglés y el italiano. Después de vivir juntos consagrados al estudio durante más de seis años, murió madama de Châtelet de repente, lo que hizo caer á Voltaire en el paroxismo del dolor.

El número de poetas ingleses solteros ha sido considerable. Cowley, Otway, Prior, Congreve, Gay, Swift, Pope, Collins, Shenstone, Gray y Goldsmit murieron solteros. Cowley, sin embargo, se enamoró una vez, pero no tuvo bastante confianza para declarar su amor. Las intrigas de Swift con Varina, Estela y Vanesa se hallan envueltas en el misterio. Era capaz de amar ardientemente, aunque de un modo cruel. Después de despertar el afecto de aquellas mujeres de corazón ardiente, se alejaba de ellas como si le inspirasen horror; y murió, al fin, desesperado, según él

mismo dice, como un ratón envenenado en su madriquera ¹.

Los amores de Pope tuvieron algo de ridículo, debido á lo contrahecho ² de su cuerpo, á su pequeñez y á su vanidad. Su primera pasión, que fué seguramente supuesta, se la inspiró cierta lady M., á quien él dirigió una serie de cartas ligeras y llenas de afectación, que más tarde fueron dadas á luz y dieron mucho que reír. Su segunda pasión, que debió tener más realidad, se la inspiró nada menos que la famosa lady María Wortley Montague, una de las más hermosas y brillantes mujeres de Europa. Su declaración de amor fué recibida con una carcajada imposible de contener. Después de esto, Pope la aborreció con un odio mucho más cordial que lo había sido su amor, y habló mal de ella con toda la agudeza y mordacidad que le caracterizaban.

Los amores del poeta Cowper fueron mucho más interesantes y humanos. En su juventud entregó su corazón á su prima Teodora, hija de su tío Ashley Cowper, y ella correspondió á su cariño. Pero pcco

1. Se ha supuesto que Estela (Ester Johnson) era hija de sir William Temple, y que Swift, que descubrió el secreto, era hijo del mismo, y por consiguiente hermano de Estela. « Si así es, dice sir William R. Wilde, esto aclararía ciertamente muchos puntos hasta ahora inexplicables de su conducta con Estela y con Vanesa. » *Últimos años de la vida del deán Swift*. — La causa más probable de las excentricidades de su conducta fueron, por otra parte, el haber estado Swift más ó menos loco en una gran parte de su vida, sin darse cuenta de ello.

2. Surgió una pregunta durante una conversación literaria acerca del sentido de un pasaje de *Horacio*. Uno de los circunstantes hizo la siguiente observación: « ¿ No podría explicarse eso con un signo de interrogación? — ¿ Y que se propone usted, caballero, con ese signo de interrogación? » preguntó Pope. El individuo miró desdeñosamente al satírico, y dijo: « ¿ Cómo se permite un garabato hacer preguntas? »